

El asunto de Vargas Llosa

Juan Gabriel Vásquez

I

Igual que sucede con el moscardón que se pone sobre la madre Patrocinio al comienzo de *La casa verde*, con la pregunta famosa que se hace Santiago Zavala en la primera página de *Conversación en La Catedral*, con la descripción del Consejero en *La guerra del fin del mundo*, ese hombre alto y tan delgado que parecía siempre de perfil, hay una imagen que suele permanecer fija en la memoria de los lectores de Vargas Llosa: la de los dados que suman cuatro al comienzo de *La ciudad y los perros*. Ya lo saben ustedes:

–Cuatro –dijo el Jaguar.

Esa escena es parte de nuestra experiencia: el número ha determinado la suerte de Porfirio Cava, Porfirio Cava es quien habrá de robar el examen de Química y pondrá en marcha, al hacerlo, la intriga de la novela. Porfirio Cava romperá un vidrio, los ladrones serán descubiertos, habrá un soplón, el soplón morirá de un tiro en la cabeza, y nunca, nunca sabremos con verdadera certeza, nunca sabremos más allá de toda duda razonable, quién disparó el tiro. Y todo eso ocurre –el robo, la delación, el asesinato y sus consecuencias morales– porque los dados marcaron cuatro.

Pero no siempre fue así. Yo lo acabo de saber, y nunca pensé que la revelación fuera a inquietarme tanto.

En *La liberté et la vie*, un bello volumen de homenaje a Vargas Llosa que Gallimard y la Maison de l'Amérique Latine acaban de publicar en París, se reproduce una de las páginas manuscritas que duermen en los archivos de la Universidad de Princeton. En ella la novela que todos conocemos bien no es como todos la conocemos. La novela que se abre con los dados marcando el tres y el uno y con el peligro desapareciendo para todos los cadetes, menos para Porfirio Cava, la novela que en nuestro mundo sólo se puede llamar *La ciudad y los perros* a pesar de que en otras vidas tuviera otros nombres –*La morada del héroe* o *Los impostores*, increíbles los dos, inverosímiles, equivocados–, esta novela que forma parte ya de nuestro imaginario lector o en todo caso del mío, esta novela cuyo comienzo conozco de memoria y recuerdo con la misma claridad de mis propios recuerdos, esta novela, digo, comienza en la página del archivo de Princeton de una manera muy distinta:

“Yo”, pensó Porfirio Cava, dominado por el fatalismo: miraba fijamente la carrera frenética de los dados sobre las locetas descascaradas y brillantes, pero sus ojos permanecían fríos.

–Seis –dijo el Jaguar.

Leí eso y se me movió la tierra. Yo había crecido con la voz del Jaguar como primer sonido de la novela, con la imagen del tres y el uno contrastando con la suciedad del suelo. La lectura de esta apertura provisional que no comienza con una voz autoritaria sino con un débil pronombre imaginado, esa acotación indigna de la novela como la conozco –“dominado por el fatalismo”, háganme ustedes el favor– y sobre todo ese número, sí, sobre todo ese número: ese número de una sola sílaba, tan distinto para mi oído y mi costumbre como si me hubieran cambiado el nombre de repente. Nuestras ficciones predilectas se convierten con el tiempo en parte de nuestra experiencia, y modificar sus condiciones es como descubrir una verdad oculta en

nuestro pasado. Eso me sucedió a mí con la lectura de la página cambiada. Y ese cambio, nimio en apariencia, me dio una prueba más (como si me hiciera falta) de la importancia que la obra de Vargas Llosa ha tenido en mi experiencia lectora, una prueba de la manera en que mi vida de novelista ha estado influenciada por eso que, a falta de mejor nombre, llamaré “el asunto Vargas Llosa”.

II

El asunto Vargas Llosa comenzó en los últimos meses de 1994, cuando, con veintiún años, fui a visitar a mi tío José María Villarreal a su casa de Arbeláez, a una hora de Bogotá. El tío era un antiguo político conservador que en ese momento, ya en uso de buen retiro y tras haber recibido todas las órdenes principales de la vida pública en Colombia, acababa de recibir una que no le había hecho tanta gracia: la orden (médica) de irse de la capital. Los dos mil seiscientos metros de altura no son buenos para según qué estados de salud, y así la criatura urbana que era mi tío se convirtió al final de su vida en un habitante de tierra caliente, que es como llamamos los colombianos a los pueblos de clima tropical, y se pasaba los días montando a caballo y leyendo en mangas de camisa en una mecedora. Había mandado construir un añadido a la casa, una segunda planta de una sola habitación a la que sólo se podía entrar por fuera, subiendo por una escalera estrecha y sin pasamanos. Y esa tarde me invitó a verla. Según lo recuerdo, su considerable biblioteca—los varios miles de libros que un hombre culto acumula a sus ochenta y tantos años—estaba desperdigada por el suelo, en pilas bien formadas pero azarosamente dispuestas; o eso me pareció, por lo menos, hasta que mi tío, tras preguntarme si estaba decidido a dejar el Derecho y dedicarme a escribir, cruzó la habitación sin vacilaciones ni titubeos hacia el lugar exacto donde estaba el libro que buscaba, y me lo entregó para que me lo llevara. Era *El pez en el agua*. “¿Es verdad que estás pensando en estudiar en París?”, me preguntó

mi tío. “Si me aceptan”, le dije. “Muy bien”, me dijo él, “entonces este libro te va a interesar”.

Esa noche me llevé el libro a la cama con la intención de leer un par de horas. Acabé pasadas las cinco de la madrugada, la hora en que tenía que levantarme para ir a clase. Recuerdo muy bien la sensación de irrealidad, de desorientación, de emoción eléctrica con que llegué al final, maravillado por la impresión de que ese libro hablaba de mí, de que nadie había descrito con una precisión tan temible las contradicciones y las ansiedades y las obsesiones en que yo andaba metido por esa época. Después he sabido que no leí el libro entero: años más tarde, no sé a propósito de qué, me pareció inverosímil que las 538 páginas se me hubieran agotado en una sola noche de pocas horas, y al revisar mi libro subrayado me di cuenta, sin sorpresa, de que —en uso de mis prerrogativas de lector interesado y utilitarista— me había saltado los capítulos pares, que son los políticos. *El pez en el agua* fue para mí un libro extraño que sólo tenía capítulos impares: son los que hablan de la juventud de Vargas Llosa, la época que va desde que conoce a su padre hasta que se va a París. Tiene su lógica: a partir de cierto momento, *El pez en el agua* dejó de ser para mí el libro de memorias de un autor latinoamericano —cuya primera novela yo había leído, por obligación escolar, cuando tenía la misma edad que sus protagonistas— para convertirse en un diario mío escrito por otro, lo más parecido a una sesión de psicoanálisis. Los subrayados son el testimonio de mis preocupaciones de esos días: Vargas Llosa hablando de mi relación con mi carrera: “La peor desgracia para un hombre es pasarse la vida haciendo cosas que no le gustan en vez de las que hubiera querido hacer”. Vargas Llosa hablando de mí: “Aunque estudiaba Derecho, sólo le importaba la literatura”. Vargas Llosa hablando de mi idea de irme: “Estaba más decidido que nunca a tratar de ser un escritor y tenía la convicción de que jamás llegaría a serlo si no me marchaba”. Vargas Llosa hablando de lo que yo acababa de descubrir: “Sólo sería un escritor si me dedicaba a escribir mañana, tarde y noche”.

En 1996 llegué a París, y la figura de Vargas Llosa tuvo en mi decisión tanto peso como los que me habían metido la idea en la cabeza

por primera vez: Joyce, Hemingway, Cortázar. Pero lo que me interesa ahora es lo que pasó antes del viaje, entre la lectura de *El pez en el agua* y el día en que me fui de Colombia, ese año y medio largo en que me dediqué de manera desahogada y a la vez estricta a leer y estudiar la obra entera de Vargas Llosa. Lo hice en orden cronológico siempre que pude respetarlo, y ésta es una costumbre que luego he conservado cuando se trata de un autor que de verdad me interesa: tanto se aprende de los libros mismos como de la transformación del autor a medida que aprende su oficio. Cosas que recuerdo: la edición de quiosco de *La ciudad y los perros* y de *La casa verde*, la dificultad para encontrar *Conversación en La Catedral*, la lectura en el mismo fin de semana lluvioso y frío de *Carta de batalla por Tirant lo Blanc* y *La orgía perpetua*. ¿El libro que estaba leyendo el último día de mi vida en Colombia? *La tía Julia y el escribidor*, en cuya última página está escrita la fecha y la hora en que despegó el avión: Julio 6, 1996, 4:07 p.m. ¿El primer libro que terminé en París? *La guerra del fin del mundo*, en la edición negra de la Biblioteca Ayacucho. Yo estaba en la acera de la rue Saint Antoine esperando a Inés Elvira Cousty, una de las personas que más me ayudaron durante mis primeros días en la nueva ciudad, y el final de la novela me sorprendió allí, junto a una de esas barandas de hierro que impiden a los peatones cruzar la calle. No tuve más remedio que sentarme en la acera y recostarme en la baranda para terminar la lectura, para oír a la vieja sin dientes que habla del destino final de Joao Abade.

—Lo subieron al cielo unos arcángeles —dice, chasqueando los dientes—. Yo lo vi.

Y sin embargo, no son las ficciones de Vargas Llosa lo que me afectó más profundamente: poco después de mi llegada a París terminé mi primera novela, un librito de ciento veinte páginas que hoy he desheredado sin miramientos, y, si bien el libro incluye un par de homenajes —unos personajes juegan a los dados, y uno de ellos anuncia su resultado con una pedantería: “Cuatro, dijo el Jaguar”—, ni sus temas ni su escritura dejan ver la influencia de Vargas Llosa. Por una buena razón: la influencia de Vargas Llosa ocurría en las zonas invisibles de la escritura,

ese elaborado conjunto de decisiones que toma un escritor y que lo apartarán irremediabilmente de otros, esa serie de preguntas que tienen que ver con el temperamento y sobre todo con la vocación, no con la escritura sino con la manera de ser escritor, no con la construcción de una literatura capaz de atrapar la vida sino con la construcción de una vida donde mande la literatura. En *El buitre y el Ave Fénix*, Vargas Llosa le dice al escritor colombiano Ricardo Cano Gaviria: “La relación con la literatura es una relación de tipo pasional, igual a la que se tiene con una mujer, una relación excluyente, algo enloquecedora y ambiciosa”. Y luego: “El escritor auténtico lo pone absolutamente todo al servicio de su vocación; lo que va en contra de los intereses de la literatura es suprimido, descartado”. Y finalmente: “Para el escritor auténtico, escribir es su única manera de vivir, algo de lo cual no puede prescindir, del mismo modo que el alcohólico no puede prescindir del alcohol ni el drogadicto de las drogas”. La literatura como vicio. La literatura como pasión exclusiva y excluyente que exige el abandono o la supeditación de todo lo demás. Yo leía estas opiniones y pensaba: “Sí, así es. Sí, así lo veo yo. Así lo quiero hacer yo. Así es la única manera”.

III

En *Cuando las horas veloces*, Carlos Barral recuerda el verano que Vargas Llosa pasó en Calafell “trabajando ya como un poseso ocho horas diarias en la redacción de *La casa verde*”. Era un caluroso mes de julio, y a Vargas Llosa había que ir a sacarlo a la fuerza de “una habitación sin ventanas” cuya “improvisada decoración” se componía de “mapas y amarillentos grabados que representaban la selva amazónica”. Entre las muchas lecciones que Vargas Llosa ha dejado a los que vinieron después, entre las muchas razones por las que su obra superó en alcance a la de tantos contemporáneos que no eran menos talentosos, yo me quedo con ésta: la disciplina a prueba de balas. O mejor: la transformación de la obsesión en disciplina. El virtuosismo de sus arquitectu-

ras, la desmesurada ambición de sus apetitos, la destreza para convertir en literatura los materiales más reacios o más innobles, han servido de ejemplo a muchos durante mucho tiempo; pero es la terquedad de su vocación, la voluntad de eliminar sin miramientos todo lo que se interponga entre él y el final de un libro, lo que ha sido para mí la verdadera revelación de eso que podríamos llamar su personalidad literaria.

Lo admirable (y nótese que no digo “lo sorprendente”) es la constancia con que esa pasión se ha mantenido a través del tiempo. Se ha cumplido ya medio siglo de su primer libro de ficción, *Los jefes*, y Vargas Llosa sigue viviendo con la misma pasión en la orgía perpetua que es la literatura, y la literatura sigue siendo esa tenia solitaria de la que hablaba en un texto célebre. Es sin duda gracias a eso que su curiosidad voraz por el mundo real no ha mermado la riqueza insolente de su mundo literario. Es gracias a eso que ha podido viajar como pocos, estudiar economía con los mejores profesores, hacer una campaña presidencial y perderla, estrenarse como actor y conservar una columna de opinión que nunca, a lo largo de tantos años, ha caído en la frivolidad ni el facilismo, sin que eso le haya impedido escribir una quincena de novelas entre las cuales se cuentan varios de los prodigios del siglo XX, así como algunos de esos ensayos que transforman para siempre la manera en que leemos. Es una rara paradoja: durante toda su vida Vargas Llosa ha participado en la realidad con una intensidad y una dedicación inusuales, y al mismo tiempo su empresa entera, casi diríamos su poética, ha sido —como se dice en *Historia de un deicidio*— abolir la realidad y reemplazarla por una distinta. Para Vargas Llosa, como para todos los grandes novelistas, la realidad no existe (o existe, como si dijéramos, un poco menos) mientras que no haya sido puesta en palabras. En *La guerra del fin del mundo*, el periodista miope jura que no permitirá el olvido de la historia de Canudos. ¿Y cómo lo hará?, le preguntan.

—De la única manera que se conservan las cosas —gruñe el periodista—. Escribiéndolas.

Vargas Llosa comenzó a hacer lo mismo hace más de medio siglo, y lo seguirá haciendo hasta que pueda, porque la literatura es un

destino que se escoge tanto como nos escoge. Para explicar el hecho a la vez que se lo explica él mismo, Vargas Llosa ha dejado un reguero de opiniones sobre la vocación y el método, sobre su poética de vida, que constituye un verdadero manual de instrucciones, o que yo he usado en varias oportunidades como manual de instrucciones. Esas opiniones dadas en entrevistas, esos fragmentos de discursos cazados aquí y allá, esas líneas que Vargas Llosa dejaba caer en sus ensayos sobre otros escritores, me importaron y me siguen importando tanto como el impresionante territorio de sus novelas. Los perseguí y los cacé y los coleccioné como si me fuera la vida en ello, como si cada uno de esos textos fuera la confirmación de que no me había equivocado –al dejar mi carrera, mi familia y mi país para “ser escritor”–, o el anuncio de que esa vida, una vida dedicada a la literatura, era posible. No hay criatura más frágil en el mundo que un aprendiz de escritor, no hay ego más vulnerable porque no hay futuro más incierto, porque la vocación literaria es una apuesta que puede muy bien terminar en fracaso, y el escritor genuino es sólo el que está dispuesto a correr el riesgo, y aun el que, tras fracasar, seguirá escribiendo, porque no concibe otra manera de estar en el mundo. “La vocación literaria es una apuesta a ciegas”, escribe Vargas Llosa, “adoptarla no garantiza a nadie ser algún día un poeta legible, un decoroso novelista, un dramaturgo de valor. Se trata, en suma, de renunciar a muchas cosas –a la estricta holgura a veces, al decoro elemental– para intentar una travesía que tal vez no conduce a ninguna parte o se interrumpe brutalmente en un páramo de desilusión y fracaso”. No sé cuántas veces leí esas páginas como consuelo o como lenitivo. No sé cuántas veces les debí el sentarme al escritorio una vez más, decidido a hacer lo que decía Beckett: “Intentarlo de nuevo. Fracasar de nuevo. Fracasar mejor”.

En “La literatura es fuego”, su discurso de recepción del premio Rómulo Gallegos en 1967, Vargas Llosa lo pone muy claro cuando elogia al poeta Carlos Oquendo de Amat: “Un hechicero consumado, un brujo de la palabra, un osado arquitecto de imágenes, un creador cabal y empecinado que tuvo la lucidez, la locura necesaria para asumir

su vocación de escritor como hay que hacerlo: como una diaria y furiosa inmolación”. Que la fuerza de la vocación pudiera transformarse en la terquedad de una disciplina fue una lección que recibí como una epifanía. Que esa entrega furibunda que el escritor hace de su vida a la literatura pudiera ser una carga y una servidumbre a la vez que una pasión, que pudiera meter al escritor en problemas sin cuento a la vez que fabrica para él el espejismo de las soluciones, que le exigiera incomodidades y arbitrarios sacrificios como pago por la efímera felicidad de un libro logrado o simplemente digno: estas verdades me resultaron oscuras o indemostrables en su momento, pero han ido demostrándose a medida que pasa el tiempo con algo que se parece mucho al masoquismo. “Nadie que esté satisfecho es capaz de escribir”, dice Vargas Llosa.

Cómo enfrentarse a la insatisfacción: ésta es una de sus lecciones, y no es la única.